

★ EL 13 POR CIENTO DE LOS HOMBRES CASADOS Y EL 33 POR CIENTO DE LAS MUJERES SON ANALFABETOS

★ EL 22 POR CIENTO DE LAS FAMILIAS, ALGUNAS NUMEROSAS, VIVEN EN CHABOLAS DE MENOS DE DIEZ METROS CUADRADOS

★ EN TODO EL BARRIO —10.000 HABITANTES— NO HAY NINGUN MEDICO NI PRACTICANTE

★ EL PRIMER OBJETIVO: CONSTRUIR UNA GUARDERIA PARA LOS NIÑOS MENORES DE SEIS AÑOS CUYAS MADRES SALEN A TRABAJAR DURANTE EL DIA



Reportaje gráfico T. Naranjo

ESTAMOS en Madrid. No es fácil entenderlo, pero estamos en Madrid, a poco más de un cigarrillo de las grandes y atestadas avenidas, de los rascacielos de las mil ventanas y de las lujosas y sofisticadas «boutiques». Pues bien, a pesar de todo, a pesar de este panorama triste, abandonado, casi impensable, estamos en Madrid. Y aunque uno parece sentirse en uno de esos pueblos viejos y últimos de la Castilla del sol, el frío y la emigración, de una tierra perdida y olvidada, es necesario convencerse de que estamos en Madrid. No hemos seguido carretera alguna. Hace un momento atravesábamos, entre el bullicio, el ajetreo y los embotellamientos, el paseo de la Castellana. Ahora se ha hecho el silencio. El sol pega más fuerte. En el aire hay sólo tristeza y desconfianza.

Entre la vía del tren y los bloques de ladrillo de rojo de viviendas recién construidas, envidiablemente recién construidas, está este barrio de Palomeras Bajas. Nos ha costado trabajo encontrar la calle de Joaquín Pastor, en el centro del término de la parroquia de la Virgen de Coromoto. Extraño nombre. Tan extraño como el contraste que se ha producido en el panorama. En las calles, excepto dos o tres, falta todo vestigio de pavimentación. A uno y otro lado, pequeñas casas, blanqueadas, diminutas, casi chabolas, construidas a la buena de Dios y a la falta de techo donde cobijarse. Montones de escombros, de basuras, de desperdicios. Un camión que descarga unas cajas de cervezas en un bar pequeño y limpio. Unos perros que husmean en un rincón. Un anciano que repara sin sentir el tiempo una silla de mimbre. Unos niños que corren, que juegan, que rien... Abandono, soledad. Pocas cosas más.

Así es este término de la parroquia de la Virgen de Coromoto, sin duda una de

las zonas más pobres de Madrid. Sus habitantes son buena gente. No escatiman los buenos días al pasar ni un rato de charla si se tercia. En su gran mayoría son emigrantes. Gentes de pueblos de Andalucía y Extremadura que un día se sintieron deslumbrados por lo que alguien les contó de Madrid. Que vendieron lo poco o lo mucho que tenían y se lanzaron, en un vagón de tercera, a la aventura de la capital. Que luego vieron sus sueños rotos, que recibieron muchas bofetadas de la realidad, que aprendieron a dejar de ser ilusos. Que tuvieron que construirse una casa, buscar un trabajo y añorar los tiempos que quedaron atrás, entre el reproche y la nostalgia.

Unos diez mil habitantes tienen aquí su hogar, casi dos mil quinientas familias. El padre y la madre suelen trabajar. Es necesario. Los hijos, que en alguna familia llegan a la docena, se quedan con los abuelos, van a un colegio donde por una mensualidad relativamente baja se les tiene recogidos, hacinados, o quedan en la calle o al cuidado de unos vecinos hasta la vuelta de los padres.

Hay hasta un libro escrito. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas editó un estudio sociológico de Jesús María Vázquez y Pablo López Viñas sobre «Palomeras, una parroquia suburbana». Las cifras que incluye son frías y desgarradoras. Leemos por ejemplo que el 59,8 por ciento de la población activa masculina es peonaje con todas las eventualidades que esto supone, y que un alto porcentaje trabajan por su cuenta, sin derecho alguno. Esto es debido, se dice, a taras de tipo cultural, físico o psíquico como el analfabetismo, los atavismos laborales de tipo rural, la mala alimentación, los complejos de inferioridad, incluso el alcoholismo.

La falta absoluta de una base cultural es determinante. El 13 por 100 de los hombres

casados son analfabetos, y el 33 por 100 de las mujeres. En las chabolas, donde raramente falta airosa y casi desafiante la antena del aparato de televisión, se advierte claramente que el problema de la vivienda ha de ser grave. Efectivamente, casi el 22 por 100 de las familias habita en chabolas de menos de 10 metros cuadrados, y a veces son muchos miembros. Y casi el 23 por 100 en menos de 15 metros cuadrados. Estas son las cifras, sinceras y tremendas, que reducen a cálculos sobre cien una realidad que para entenderla hay que vivirla.

No es necesario hablar del problema de higiene. Cada cual lo soluciona a su modo. Tras las casas se adivinan las ropas, muy limpias, tendidas al sol. Al lado, un vertedero. Del problema sanitario no hay nada que decir. Existe una falta absoluta de asistencia. No hay ningún médico ni ningún practicante que vivan en el término o tengan abierta consulta.

En la calle de Joaquín Pastor hay una casa de una planta, que en nada se diferencia de las demás exteriormente. Excepto en que, junto a la puerta, hay una tabla y una cruz. En la tabla se lee: «Parroquia de la Virgen de Coromoto». Nadie espere encontrar un templo amplio, ni siquiera un barracón prefabricado. Dios ha venido a vivir a este barrio en una casa sencilla, pobre y limpia, como la de todos. Lleva don Baldomero Rodríguez Moreno cuatro años como párroco de Coromoto. Cuatro años de bregar incansablemente, de buscar soluciones y repartir esperanzas. Nos cuenta su vida, la de sus gentes, nos habla del cúmulo de problemas que tiene planteado el barrio mientras nos enseña una habitación de no más de dos metros cuadrados. Es la iglesia. Dos bancos, un altar diminuto. Todo el lujo se reduce al papel que cubre la pared donde descansa el